

Navegantes ilustres por los mares de Chile

ALFONSO CALDERON

No hubo, posiblemente, manera de que alguien pudiera inventar una costa más desmembrada, hecha a salto de mata, tanteándola con manos de alfarero ciego, que la nuestra. Tiene la desprolijidad de sus trazos algo que confunde al más avisado, en un eterno juego de toma y daca en procura de no evitarnos, al mirarla, el pasmo metafísico que suele requerir de un Charles Darwin o de un Keyserling para convertirla en un retrato hablado de un Chile que se apura a salir, entre terremotos y sacudones del alma y estertores venidos desde lo hondo de la tierra, de la mismísima fragua de Vulcano.

Se trata de la corteza de una tierra, pegada al mar para asombro de piratas y forbantes, que orilla un orden abisal. Las ciudades, por mandato de la naturaleza, solían tirarse —al decir de los cronistas— “a la lengua del agua”. Miguel Serrano, en esa admirable radiografía espiritual o a viaje al centro de la tierra y del alma que es “Ni por mar ni por tierra”, habla de los componentes de su generación, la del 38, como una promoción “isla”, la cual habría emergido repentinamente “de antiguas y angustiadas profundidades, con la instantánea conciencia de ser un peñasco sombrío y solitario en la vastedad del mar hostil. A su alrededor —dice— no hay más que agua y horizonte, y ni siquiera se adivina una hermandad de islas semejantes. Sombra y soledad”.

¿Qué hicieron los fugaces, los que venían por oro, por cruz, por aventura, por expansión del horizonte de “ese algo entrometido que se llama

el Yo", como decía Tomás Moro? ¿Fue quizás un culto provisorio, el del ver y andar que encantaba a los árabes, a los genoveses y a Ortega y Gasset? ¿Tal vez el mismo Dios puso en ruta a un puñado de arcángeles dispuestos a correr el albur de bautizar promontorios, descubrir minerales o enseñar el amor hacia el mar que abastece, como un enorme depósito, el apetito descomunal de los gargantúas americanos?

La primera visión conocida, aquella de Antonio Pigaffetta en los últimos meses de 1520, es una especie de reconocimiento de extrañeza, de un solapado sálvese el que pueda. En las páginas de "Primer viaje en torno del globo", anota el 21 de octubre: "Descubrimos un estrecho que llamamos de las Once Mil Vírgenes, porque fue en el día que la Iglesia les consagra. Este estrecho, como pudimos apreciar en seguida, tiene cuatrocientas cuarenta millas de largo, o sea ciento diez leguas marítimas de cuatro millas cada una, y media legua de ancho, poco más o menos, y desemboca en otro mar, al que llamamos mar Pacífico. Está el estrecho rodeado de montañas muy elevadas y cubiertas de nieve; es muy profundo, hasta el punto de que, aun estando bastante cerca de tierra, no encontraba el ancla fondo en veinticinco o treinta brazas".

El salto, en el espacio y en el tiempo, nos remite a aquel momento en el cual Pedro de Valdivia cuenta a sus apoderados en la Corte, el 15 de octubre de 1550, cómo es el Biobío, cerca del Laja (que se llamó, como es sabido, Nivequetén), deseando informar cómo "a los xxiii de hebrero pasé allí el campo e hice un fuerte cercado de muy gruesos árboles espesos, entretejidos como seto, e haciendo un ancho e hondo foso a la redonda, a la lengua del agua e costa de la mar, en un puerto e bahía el mejor que hay en estas Indias. Tiene en un cabo un buen río que entra allí en la mar, de infinito número de pescado, de céfalos, lampreas, lenguados, merluzas e otros mil géneros dellos, en extremo buenos, e de la otra parte pasa otro riachuelo de muy clara e linda agua, que corre todo el año".

La exaltación, en vías de acomodar la pupila hiperbólica, llama al padre Alonso de Ovalle, en su amar la obra de Dios, a ver costas, mares y alimentos como una prueba del amor del Creador por todo lo bello, obra suya al fin y al cabo. Y ni qué decir de la costa: "La abundancia y fertilidad de este Reino no solamente se ve y goza en sus tierras y valles —explica—, sino también en toda su costa, y en las peñas y riscos donde azota el mar".

John Byron (en ese texto brillante que es *The narrative of... containing an account of the great distresses suffered on the coasts of Patagonia. With a description of St. Jago de Chili*, London 1778) habla de la feria según como le fue en ella y, al retratar la costa de la Patagonia, exclama: "El clima y la estación eran extremadamente desfavorables para los aventureros, y en toda la extensión

que abarcaba nuestra vista, presentaba la costa un espectáculo tan terrible con las rompientes, que quitaba a los más osados el ánimo de hacer tentativa alguna con las pequeñas embarcaciones". Lo cual se compensa con la mirada a la bahía de Concepción, que era entonces "una grande y hermosa bahía", con la reserva de sus "varios bajíos" y la compensación de "dos buenos fondeaderos", aunque previene de que si bien cualquier buque puede anclar allí, a un cuarto de legua de la ciudad, ello sólo es posible "en los meses de buen tiempo, porque esta posición es muy expuesta".

L.A. de Bougainville, en su *Viaje alrededor del mundo*, echa de menos la puntualidad descriptiva que se espera del Siglo de las Luces y, en las cercanías del Puerto del Hambre, observa: "El cabo Redondo es una tierra elevada y notable por la forma que designa su nombre. Las costas, en todo este espacio, están cubiertas de bosque y son escarpadas; las de la tierra del Fuego parecen cortadas por varios estrechos. Su aspecto es horrible; las montañas están cubiertas de una nieve azul tan antigua como el mundo". No deja, sin embargo, de lamentar la inexactitud que halla en la Carta de Jorge Juan y Antonio de Ulloa. "Estos oficiales españoles de distinguido mérito, suficiente para dar peso a sus opiniones —dice—, han corregido las antiguas Cartas de América Meridional; hacen correr la costa desde el cabo Corse hasta Chiloé, Nordeste y Suroeste, y según conjeturas que, sin duda, han creído fundadas".

Adelberto von Chamisso, en *Mi visita a Chile en 1816*, se asombra de la vivacidad de la vida cotidiana penquista y no se queda atrás en impresiones: "Cuando nos acercamos a la costa para entrar a la bahía de Concepción —anota—, Chile nos causó la impresión de ser un país de poca altura. La península, que forma el borde exterior de esta hermosa bahía y la Cordillera de la Costa, que se divisa detrás, presentan a la vista una línea casi horizontal, que no es interrumpida por ninguna cumbre importante. Sólo las Tetas del Biobío se elevan entre la desembocadura del río, cuyo nombre llevan, y el puerto de San Vicente, impresionando gratamente la vista".

El viajero Peter Schmidtmeier, en cambio, rumbeando desde Coquimbo a Huasco apila imágenes en movimiento: "Muchas partes de esta región son interesantes, pero el calor y el polvo son notables. Un cordón considerable de enormes rocas, notablemente cobrizas en su aspecto y probablemente en su formación, llegan aquí hasta el mar y se ve que se extienden un gran trecho; las olas, al llegar a la playa, son cortadas en una espuma verde rojiza, que no he observado en ninguna otra parte" ("Viaje a Chile a través de los Andes en los años 1820 y 1821").

En la vieja imaginaria del mar, Valparaíso fue —al decir de Salvador Reyes— un "Puerto Mayor en la geografía poética universal". La bellísima

descripción hecha por el viajero sueco C. E. Bladh (*La República de Chile. 1821-1828*) permite reconocer las huellas desconcertantes de la sequía: “Era un extraño ver cómo las montañas nevadas constituían los primeros objetos que se podía descubrir, pero luego divisamos la costa misma. Se presentaba en todas partes como una alta muralla escarpada a la manera de un precipicio envuelto en una niebla densa... Al acercarnos —anota, refiriéndose a la costa próxima a Valparaíso—, el litoral nos pareció montañoso y estéril; aquí y allá se veía algún arbusto verde, pero en general dominaba el tono gris y triste, lo que vino a debilitar las ideas hermosas que sobre este país traíamos desde Europa. La primavera ya había pasado, y la sequía había calcinado la vegetación”.

El peso de la neblina, como una suerte de elemento mediador entre las fuerzas de la cordillera y el mar, interesa a William S. Ruschenberg (*Noticias de Chile. 1831-1832*), el cual pinta en trazos fuertes un Valparaíso costero que parece habitado por fantasmas: “Al acercarse a la costa, estando el tiempo claro, se divisa por encima de las nubes la tierra cubierta de nieve, aún antes de avistarse el litoral sobre el horizonte. A la salida del sol y a muchas millas de distancia de la costa, se ve la gigantesca cordillera en su natural y desnuda grandiosidad. Luego, después de que ha nacido el sol, ocúltase la tierra por una neblina, y sucede a menudo que se navega cincuenta o sesenta millas antes de avistar las alturas de la costa. A medida de que el buque se aproxima, uno se da cuenta de que aquélla es rocosa, pendiente, escabrosa y desierta desde el borde mismo del océano”.

Charles Darwin quiere enterarse de todo, y se mueve más velozmente de lo que uno da en creer. Asiste a terremotos, ve el mar y la cordillera, estudia las regiones costeras desde sur a norte de Chile y se asombra con un paisaje deslumbrante de la Tierra del Fuego, en un mundo en el que se alzan “cadenas irregulares de montañas moteadas con manchas de nieve” y, en oposición, “profundos valles de un verde amarillento y brazos de mar que cortaban la tierra en muchas direcciones” (*Viaje de un naturalista alrededor del mundo en el navío de Su Majestad, BEAGLE*).

El empleo del exclamativo no impide a Guillermo Frick (*Diario de un viaje a Chile. 1839-1840*) rematar con interrogaciones, al llegar a las cercanías de Valparaíso: “¡Tierra americana! ¡Tierra chilena!, en forma de una lonja angosta y larga en el horizonte, que pronto ganó progresivamente en nitidez; pero no aparecía con aspecto atrayente; en su mayor parte sólo rocas desnudas, sin bosque; ningún fresco verde sobre aquello. No nos hallábamos, entretanto, admirados, pues no habíamos esperado hallarlo en otra forma. ¿No han de constituir estas desnudas masas de rocas —estos tristes precipicios roqueños— la fortificación que protege a este hermoso y

rico Chile, los muros, vallas y diques que han de defenderlo en contra de sus enemigos, como asimismo, la protección ante el poder del Gran Océano?”.

La ruta de la desolación, esa parte sustancial del camino que alarmó a Diego de Almagro, se hunde en el ojo de Max Radiguet (*Valparaíso y la sociedad chilena en 1847*): “Al sur se destacaban riberas escarpadas, perpendiculares al mar; al este, una cadena de colinas peladas se alejaba gradualmente de la costa, inclinando hacia el noroeste su cima ondulada y monótona; más lejos, en la misma dirección detrás de un anfiteatro de montañas, la cordillera de los Andes elevaba hacia el cielo un grupo de nevados picos. Cactus, arbustos espinudos, delgados, sin gracia, que parecían crecer contrariados, manchaban con su sombría verdura las alturas vecinas y aumentaba una vez más el aspecto desolado del paisaje”.

La costa no siempre parece igualarse en la pupila del viajero y puede ser propuesta como parte de una visión dual, fruto de la observación en pugna con los estados de ánimo. Hay quien, en medio de la ausencia de todo, cree verse ‘despaisado’, persiguiendo lo que vio en su patria o soñó, para consuelo de sí mismo, en medio del mar, y quien, en un más y menos se echa a la greña con lo que recoge la mirada, alentando la ira o el hastío.

Si el marino sueco C. Skogman se ciñe a una imagen muy precisa, cuando apunta desgarrado: “La rada de Valparaíso, que durante casi todo el verano ofrece casi sin excepción un abrigo seguro, es visitada en ocasiones por tormentas del norte o del noroeste que pueden hacerla peligrosa para embarcaciones que no dispongan de buenas anclas y cadenas, pues en este caso es raro que tuvieran algo que temer”, no deja de animarse con la vecindad costera, a la que proporciona los elementos que simulan el recogimiento del pintor ensimismado.

El geógrafo ruso Platon Alexandrovich Chickhachev, en su *Visión de Chile en los tiempos del presidente Prieto* tiende a negar las pruebas de calidad de paisaje y costa, porque asegura que su estada en Valparaíso no fue larga, pues, a pesar “del extravagante nombre ostentado por la ciudad”, está convencido “de que éste sólo puede haber sido dado por personas que todavía sufrían los devastadores efectos de la arena de Atacama... Sólo a los ojos de moribundos, el roquerío y las tierras erosionadas en que esta horrible ciudad está construida, pueden parecer el valle del Paraíso. Con todo el respeto que merece la geografía, en ningún caso se puede suponer que el conquistador español era dado a los epigramas”.

El cronista del viaje de la fragata austríaca *Novara*, en 1859, recogió una imagen de Valparaíso desde un mirador del Cuartel de Artillería, en la quebrada Juan Gómez: “Se goza de la vista más linda de la ciudad y de la costa rodeada por el mar. La rada de Valparaíso tiene mucha semejanza con

la de Trieste, y tiene también que sufrir como ésta por los vientos del noroeste. Los buques mercantes anclados se colocan en perfecto orden en largas filas, y esto por precaución, con el objeto de que no sufran por los buques que estén garreando a consecuencia del viento norte, que repentinamente sopla con fuerza, y de poder a tiempo hacerse a la vela”.

¿Y qué decir de las costas de muchos otros, Julián Mellet, Lafond de Lurcy o, en medio de esa ferretería orgullosa que despliega en todos los muelles, el grupo *Letras*, cuando Salvador Reyes o Luis Enrique Délano y el gran d’Halmar corretean siguiendo a Conrad, a Mac Orlan o Loti, en busca de una marinería cosmopolita, de un tesoro enterrado, de un soñador que puede llevar en un bolsillo el poema de Rimbaud o la novela de Emilio Salgari o de aquel Robert Louis Stevenson que dejaba jurar a sus piratas, en medio de un océano de ron; o en la huella móvil del gran Lapérouse?

La costa es nuestro cofre del muerto, ¡ay, ay, ay! En ella se encuentra nuestra riqueza y el seguro de la continuidad de un país que se afirma penosamente en la montaña, con mirada de soslayo de cuantos temen sufrir vértigo y caer al mar...